

Pequeñas monstruosidades

Christine Carcosa



Capítulo 1

Bajo el mar

—¿Crees en las sirenas, tía Allie?

—La verdad, no soy muy asidua de los cuentos infantiles, Becky. Anda, vete a jugar un rato y déjame tomar un poco más el sol.

Becky suspiró y se alejó de las larguísimas piernas de su tía al otro extremo de la barca.

—¿Con quién estás hablando, enana?

—¿Sabías que las sirenas viven en el fondo del mar, tía Allie? Están tristes y solas y tienen mucha hambre.

—¡Deja de decir tonterías, Rebecca! Ven, necesito que me eches un poco de crema por los hombros.

Becky se acercó sonriente a su tía escondiendo una mano detrás de la espalda mientras agarraba, distraída, el bote de crema con la otra.

—Yo creo que existen, tía Allie.

Allie la miró, somnolienta.—¿Que existe quién, Becky?

—Las sirenas existen.

—¿Y en qué te basas para hacer esa afirmación tan rotunda, señorita, a ver?

—Hay una justo debajo de la barca. Creo que tiene una boca enorme. Y está mirándote fijamente los pies— Con esas palabras, Becky golpeó a su tía en la cabeza con un pedrusco de considerables dimensiones y empujó con todas sus fuerzas el escuálido cuerpo al borde de la barca, hasta dejarlo caer en el agua.

La niña sonrió, satisfecha y se sentó a esperar, mientras el mar se llevaba lentamente el cuerpo de su tía a las profundidades.

No había visto a ninguna sirena, pero ahora que les había obsequiado con una ofrenda estaba segura de que, tarde o temprano, vendrían a por ella.

La sirena, a su vez, aguardaba muy quieta en el fondo del mar, relamiéndose las tres hileras de afilados dientes. Había conseguido engañar a aquella niña tan boba.

Capítulo 2

El club de aerolectura

—Señoras, me llena de orgullo darles la bienvenida a nuestro nuevo punto de encuentro, el no va más de la modernidad, ¡El aeroclub de lectura! ¡El club de la aerolectura!

Una de las señoras soltó un agudo chillido antes de desmayarse embutida en aquel extraño artefacto con cuerdas que la ascendía como si fuese un globo de helio a una velocidad inquietante.

—¡Señora Potter! Oh, por el amor de Dios, señoras, ¡controlen sus nervios de señoritas! ¡Recuerden que tenemos una gran velada por delante! ¡Hoy vamos a leer Orgullo y Prejuicio!

—Yo no puedo leer nada con este viento, me lloran los ojos —gimoteó la señora Sanders, que se agarraba a su abominable faldón de hierro hasta hacerse daño en las articulaciones.

—No seas boba, Juliette, llevas las gafas de aviador, es imposible que el viento suponga una molestia para ti —gruñó la anfitriona, la descomunal señora Doggett.—Y ahora, si me permites, vamos a comenzar la lectura. Señoras, abrid el libro por la página 18...

—Ejem, ejem...Angie, querida, discúlpame, pero, ¿dónde conseguiste estos aparatejos tan curiosos que nos permiten surcar el cielo?

La señora Doggett miró molesta a la insolente preguntona de la señora Peters. —¿A tí que te parece, Evie? Me los ofreció un caballero en el mercadillo de los jueves, muy amable por cierto, por un precio nada competitivo. Le hice una gran tarta de manzana como muestra de mi profundo agradecimiento. —La anfitriona del club se quedó pensativa durante un par de segundos.—Ahora que lo pienso, ni siquiera me dijo su nombre...Ummm, qué extraño, ¿no os parece?

—Y...esto...Angie...¿A dónde nos llevan estas cuerdas? ¿Dónde terminan? Sólo veo nubes...

Todas las señoras, incluida la señora Doggett, comenzaron a chillar.

Capítulo 3

La invasión

—iEllen! Lo has entendido todo mal, podemos hablarlo, ¿vale, cariño? Vamos, abre la puerta, nena.

—iSal de aquí David! O como sea que te llames de verdad...Oh, no me puedo creer que me esté pasando esto. iSal de aquí o gritaré!

—Ellen...Pequeña, no me hagas esto. De acuerdo, lo reconozco, te mentí, ¿vale?

—iYa no me vale! ¿A qué habéis venido, David? ¿Venís a...a...a invadirnos, verdad? iYo tan sólo era una excusa, un maldito pasatiempo para ti! iTe maldigo, David! iDime la verdad, o calla para siempre!

El enorme extraterrestre soltó un suspiro al otro lado de la ventana.

—Está bien, maldita sea joder, sí. La Tierra está en nuestras manos ahora mismo. Tú...Tú no eras ningún pasatiempo, nena, pero los tiempos han cambiado. Esto...tómalo como una guerra nuclear, ¿vale, preciosa? Ven conmigo, Ellen, no te arrepentirás, te lo digo en serio. Seguiré siendo tu dulce Davie. Te lo prometo.

Ellen se seca las lágrimas con una mano y mira de reojo a la gigantesca criatura.

—Si salgo ahí fuera contigo, ¿seguirás teniendo ese aspecto tan repugnante? Yo quiero a mi Davie de siempre.

—Seré lo que tú quieras, nena. Vamos, sal ya antes de que el mundo se nos derrumbe encima.— El monstruo se relame los gruesos labios cuando Ellen no lo ve. —Te quiero toda para mí.

Capítulo 4

No grites

Allison buscaba desesperadamente la manera más “apropiada” de contárselo todo a su madre. En su pequeña cabecita las ideas bailaban entre sí, se iban y volvían, solas o acompañadas de otras ideas absurdas, generando verdaderos laberintos en sus circuitos neuronales.

Al no encontrar respuestas en su cabeza, intentó hacerlo de otra forma. Buscó información en Internet. Utilizó la biblioteca de su casa, primero, y la biblioteca local después. Nada, absolutamente nada. “Quizás la solución esté en acudir a un profesor”, pensaba la niña, “los profesores lo saben todo”. Y así hizo, acudiendo a su tutor en la escuela y contándole toda la historia. La cosa no debió ir demasiado bien, porque la ambulancia terminó llevándose al profesor con un severo ataque de pánico, directo al hospital. Ninguno de los doctores conseguía explicarse cómo había podido pasar aquello.

Después de aquel terrible incidente Allison acudió a un psicólogo por su cuenta. “Quizás me lo haya inventado todo”, reflexionaba la niña con una repentina madurez impropia para su edad, “Quizás esté intentando llamar la atención”. Pero al psicólogo también se lo llevó la ambulancia, gritando desesperadamente “¡ALÉJATE DE MÍ, HORRIBLE DEMONIO, HIJA DE SATÁN!”.

La pobre Allison ya no sabía a quién acudir. Después del psicólogo lo había intentado con dos psiquiatras, con los padres de una amiga, con el director de la escuela... Y la ambulancia siempre terminaba llevándoselos a todos. Nadie se explicaba el por qué de los repentinos ataques de pánico y nadie le prestaba la más mínima atención a la pequeña dando vueltas por allí.

Entonces Allison decidió contárselo a su madre, sin más. Tras pronunciar un solemne “ Mamá. Tenemos que hablar” y llevarla a su diminuta habitación, comenzó a hablar. Habló sin parar durante una hora. Su madre la miraba, incrédula y ,durante una milésima de segundo, Allison confió en ella. Pensó que con ella sería distinto. Pero se equivocó, como siempre. Los labios de su madre comenzaron a temblar, dejando escapar la misma sonrisita idiota que todos, hasta empezar a reírse de ella abiertamente.

No le quedaban más opciones que mostrarle su verdadera naturaleza. Se quitó la piel de la cara con cuidado, se sacó los ojos de las cuencas, dejando a su paso su nueva y brillante epidermis, mostrándole

las grotescas protuberancias que se abrían paso entre sus mejillas, afiladas como cuchillas de afeitar.

“¿Qué soy, mama?” preguntó la niña segundos antes de que la madre perdiese el conocimiento y se golpease la cabeza contra el suelo.

La ambulancia tardó apenas cinco minutos en llegar.

Capítulo 5

Muérdeme

Se observaban con timidez, entre atontados y curiosos. La extraña coincidencia en el mismo lugar les había despistado hasta el punto de olvidarse de sus objetivos, que dejaron de gritar y aprovecharon la situación al máximo para escabullirse de sus depredadores, huyendo en todas las direcciones con la rapidez del viento.

La elegante quimera, cabeza de caballo- vertiginosas curvas de mujer, miraba, boquiabierta, al varonil y fornido hombre lobo que había delante de ella. Él, en un intento desesperado de hacer algo, trató de emitir un gruñido, sin éxito alguno. De su gruesa garganta salió un triste quejido, como si algo se hubiese estropeado en su interior. La quimera intentó sonreír y de su interior salió un vergonzoso relincho.

Sus miradas bailaban paralelas, sumidas en la más pura vergüenza, hasta que sus corazones se obligaron a mirar. Dieron varios pasos al frente, la quimera y el hombre lobo, mientras los pocos valientes que se habían quedado para ver el resto del espectáculo los contemplaban con los ojos abiertos de par en par. Ella dio el paso decisivo y se lanzó a los brazos de él, abrazándole con sus delicadas manos de señorita, mientras él rugía con ansiedad y le arrancaba el vestido con los colmillos.

Sus robustas mandíbulas chocaron con fuerza entre sí, su enorme cabeza de caballo le hacía polvo el hombro al "apoyarse con delicadeza" en él, las torpes garras del licántropo desgarraban su piel de mujer, pero no les importó, ah, la magia del amor...

Capítulo 6

Rito de iniciación

—¡Buenos días, princesita!

—Buenos días, tía Helga. —La pequeña Jenny entró bostezando a la tétrica cocina de su tía, en la que parecía que era Halloween todos los días del año.

—¿Has dormido bien, pequeña? Recuerda que hoy es 31 de octubre y por eso, mi querida Jenny, te tengo preparado algo muy, muy especial. Te voy a proponer un juego, ¿te parece? Vas a cerrar los ojos y no los vas a volver a abrir hasta terminarte este desayuno tan delicioso que he hecho solo para ti.

Jenny se tapó los ojos con fuerza, la mar de divertida.

—Umm, ¡esto está riquísimo!, ¿Y cuándo vienen papá y mamá?

—...¡Ya puedes abrir los ojos!

Capítulo 7

Picadura y hombres-insecto

Todo empezó cuando desperté repentinamente con un alarido a eso de las siete, siete y media de la mañana. Estaba algo aturdida, así que agité la cabeza un par de veces para recapitular. A ver; había tenido una pesadilla en la que un elefante carnívoro con cabeza de búfalo me perseguía para arrancarme una pierna. De repente sentí un estallido de dolor en la rodilla derecha. Me incorporé en la cama, encendí la luz y me examiné ambas piernas. Efectivamente; la derecha estaba bastante inflamada, al parecer producto de la picadura de algún insecto con ansias de sangre humana.

“De acuerdo”, pensé, “vamos a buscar una pomada” y con las mismas traté de levantarme pero la maldita no quería ceder, estaba rígida como un tronco y cada vez que intentaba flexionarla una sensación tremendamente dolorosa invadía el interior de la rodilla, como si mil avispa estuvieran agujereándome a la vez. Solté un quejido y me dispuse a cojear, dando brincos, directa a la cocina en busca de algún calmante que me hiciera dormir de nuevo hasta nueva orden.

Conforme iba llegando con la agilidad propia de una abuela de cien años mi pierna se iba volviendo más rígida si cabe. Ya no podía apoyar el pie en el suelo sin que una serie de descargas eléctricas invadiera mi pobre miembro inferior de abajo arriba. En mal momento se me ocurrió la grandiosa idea de agachar la cabeza para observar de nuevo mi desgraciada pierna. Solté un grito lleno de terror. La hinchazón estaba muchísimo peor que al principio, un gran bulto brillante de color violáceo se había alzado por encima de la rótula y amenazaba con quedarse allí para siempre. Imaginé que ese sería el aspecto exacto que presentaban los miembros afectados de los pobres desgraciados de las películas de serie B destinados a supurar bichos por sus heridas abiertas de un momento a otro. La repentina visión me dio tal asco que dejé perdido el suelo de la cocina, pero claro, cómo iba a limpiarlo si parecía un maldito pirata, si en lugar de unas bonitas piernas tenía un enorme e inflexible palo de madera que no servía absolutamente de nada.

Mis pensamientos me mantuvieron ocupada durante tanto tiempo que no llegué a percibir la rápida metamorfosis que había sufrido mi desdichado miembro derecho; ahora la inflamación había invadido toda mi pierna y mi piel parecía estar a punto de explotar, llenando de pus todo mi alrededor. En el fondo me alegré de que Charlie no se hubiera quedado a dormir, porque el pobre con su estómago ya de por sí bastante delicado no hubiese soportado ver pedazos de tendones y músculos colgar de cada

cachivache de mi cocina.

Entonces escuché un “plas” a mis espaldas. Sí, sí, exactamente un “plas”. Como tenía suficiente con mi rodilla no le hice el menor caso y entonces sonó un ligero “ejem, ejem” justo detrás de mí.

Suspiré y me di la vuelta para ver a un enorme tío disfrazado de hormiga. Todo era tan ridículo que en vez de un grito sobresaltado me salió una estúpida risita que, dada la situación, carecía completamente de sentido.

—¡Ay!— Dije, con una risita ahogada.

El hombre-hormiga se estremeció y me miró con asombro(o yo imaginé que lo hizo, debido a que una gran cabeza de insecto cubría su cráneo por completo, y los enormes ojos en forma de avellana no dejaban entrever lo que había detrás del disfraz).

—¿Ay? ¿AY? ¿Eso es todo lo que tienes que decir ante una Eminencia, ante el mismísimo representante del Rey de los Superhombres?—El extraño ser hablaba en susurros pero, a juzgar por su tono de voz, parecía ofendido.

—¿Rey de los Superhombres? Espero que no se refiera al de Nietzsche.

El hombre-hormiga se llevó las patas delanteras a la cabeza—¡Mira que eres bruta! —Dobló de una forma muy extraña, totalmente inhumana, las patas traseras (en ese momento solté un sorprendido “ohh”) y, sin quitarse las delanteras de la cabeza, que seguía renegando como si tuviese vida propia, sacó de uno de sus bolsillos secretos una especie de megáfono con teclas parpadeantes, marcó un número y empezó a emitir chillidos en una lengua que me era desconocida.

—Disculpe—dije, un poco cansada de todo aquel espectáculo—Le agradecería que guardara ese aparatejo y dejara de chillar, que no está en su casa, hombre.

El abominable ser abrió la boca y me enseñó una enorme lengua que parecía una babosa, a la par que unos larguísimos y puntiagudos dientes de orco, llenándome de su fétida saliva. Yo aguanté el tipo como pude y mantuve mi más estricta mirada puesta en él. Entonces lanzó un suspiro de lo más humano, volvió a guardar el extraño megáfono en otro bolsillo secreto y se largó por la ventana, susurrando algo que sonaba a “humanos imbéciles”.

—¡Eso, eso! ¡Lárgate de mi cocina, freak endemoniado! —Le grité con todas mis fuerzas, aunque ya era tarde; el bicho se había esfumado. Me rasqué la cabeza con las pinzas pensando en que, con una pierna inflamada o sin ella, debía ir a trabajar, de modo que me puse un vestido

que curiosamente me quedaba algo pequeño; la tela no aguantó tanta tensión y se rompió en varias zonas de lo más estratégicas, pero no le di demasiada importancia. En la radio pusieron mi canción preferida, una que hablaba sobre la idílica relación entre mariposas y el resto de insectos y me puse a silbar, sorprendiéndome yo misma de lo bien que lo hacía si antes era incapaz de reproducir un silbido que sonara de forma decente.

Salí del portón bien arreglada y maquillada y vi a lo lejos a la señora Jackson, la vecina del sexto.

—¡Señora Jackson!—Grité, con una voz ligeramente aflautada—¡Muy buenos días!

La mujer se giró extrañada y soltó un terrible berrido, llevándose las manos al corazón. Acto seguido lanzó un hipido e intentó salir corriendo, pero sus tacones no aguantaron y se cayó torpemente al suelo. Yo me iba acercando todo lo rápido que podía hacia ella (demasiado rápido, diría yo) y ella seguía chillando como una posesa. Entonces le extendí la pinza, perdón, la mano...Dios mío. La pinza. Observé aterrada mis extremidades, convertidas en finas pinzas ganchudas, que salían directamente del interior de mi exoesqueleto. La señora Jackson a esas alturas se había desmayado y su cuerpo convulsionaba en el suelo. "¡Ese desgraciado! ¡Ese caraculo! Me ha echado una maldición! ¡Me ha drogado y ahora creo que soy un insecto!" mi mente me gritaba, muy enfadada, pero entonces percibí el dulce olor, producto de las generosas carnes de la pobre señora Jackson y mi nuevo y vacío abdomen rugió con tristeza.

Emití un largo suspiro y decidí que la humanidad no iba a perder nada si probaba un poquito de la señora Jackson.

Capítulo 8

Apocalipsis

La impertinente mosca recorrió con notable desinterés toda la sala de estar, al ritmo de una canción country que se repetía una y otra vez en alguna habitación de la casa, hasta decidirse por molestar a aquel perro tan enorme, posando sus delgadas patas en el húmedo hocico de Buddy. El Golden Retriever estornudó un par de veces y se incorporó de la larga siesta, estirando las gruesas patas. Su estómago rugió con fiereza, obligándole a olfatear la casa en busca de comida. Buddy recorrió la sala de estar con la mirada hasta visualizar un solitario plato cubierto por avariciosos moscardones que yacía en la enorme mesa de cedro. El perro movió la cabeza un par de veces para asegurarse de que ninguno de sus dueños estaba vigilándole, se relamió y se dirigió a su inesperado trofeo con la rapidez del viento.

Subió las peludas patas delanteras a la silla y metió la cabeza dentro del plato, devorando aquel manjar de dudosa procedencia, mientras algo aplastaba a la pesada mosca en la cocina, dejando sus restos espachurrados por las paredes, junto con lo que parecían ser los restos de la sustancia gris de la señora Watson, no muy lejos de los pedazos oculares del señor Watson. Pero Buddy estaba demasiado ocupado con los restos de comida para percatarse de que algo extraño estaba sucediendo en su casa, demasiado silenciosa siendo la hora que era, sin tener en cuenta el disco rayado, cuya tranquila melodía se había tornado casi maliciosa. Cuando hubo pulido el plato hasta dejarlo nuevo y brillante movió las orejas, creyendo haber escuchado algo. Otra vez, ese molesto zumbido que le había despertado. ¡La mosca! ¡Hay que cazar a la mosca! Buddy trotó felizmente por el pasillo de la casa, jugando a buscar la mosca por todas las habitaciones. Si el perro había tenido alguna vez un mínimo instinto de supervivencia, este definitivamente había quedado enterrado en lo más profundo de su cabeza de chorlito, prometiendo no volver a salir de ahí.

Estaba a punto de salir de la habitación de su hermanita pequeña cuando unos quejidos ahogados le hicieron retroceder. Olfateó el aire y percibió el olor de Daisy, que parecía provenir del enorme armario rosa. Buddy se paró enfrente de sus puertas y golpeó levemente una de ellas con las patas delanteras. Siguió insistiendo, al escuchar unos grititos provenientes del interior. Buddy movió la peluda cola con una alegría infinita. ¡Su hermanita quería jugar al escondite con él! Arañó las puertas del armario con mayor insistencia hasta que cedieron y se encontró con una terriblemente asustada Daisy, suplicándole con los ojos azules que callase, que no hiciese mayor ruido. Pero ya era tarde. Era tal la alegría

de Buddy que ladró eufórico, una y otra vez, asegurándose, sin quererlo ni beberlo, de que lo hayan escuchado con toda claridad los terribles seres que se asemejaban a unas enormes libélulas de color negro que se encontraban en aquel momento en el jardín, tratando de captar con las larguísimas antenas las pocas señales de vida que quedaban en el barrio.

Capítulo 9

Angustia

La ansiedad invade mis venas, un sentimiento que jamás he logrado controlar. Mantengo los dos pies apoyados con fuerza contra la puerta del armario; siento que mis músculos no van a soportar mucho más, a juzgar por su traicionero temblor. Las gotas de sudor caen en mis párpados cada vez más rápido, dejando mis ojos húmedos y mi visión borrosa. Paso la áspera lengua por mis labios resecaos, que saben a sangre y al dulce sabor de Anita. Cada vez que pienso en ella algo produce un bloqueo en mi cerebro, de manera que termino pensando en idioteces, mi cuerpo es más listo que yo y me obliga a ello. ¿Cuántas horas llevaré aquí dentro? La sed comienza a ser algo insoportable, las necesidades básicas han llegado peligrosamente a la aguja roja, a la más absoluta necesidad, urgencia. Me siento mareado, debo de haber perdido mucha sangre... Quizás todo esté dentro de mi cabeza, quizás si la golpeo un poco contra el roble todos estos asquerosos sentimientos se irán... Cuando me dispongo a abrirme voluntariamente una brecha en la frente escucho a alguien llorar al otro lado.

—Eric, cariño, basta ya. Tienes que s..s..salir de ahí, por favor — Me suplica Anita con su dulce y quebrada voz. Anita, mi Anita está esperándome fuera, tan sólo necesito bajar una pierna, luego la otra y después todo será pan comido, podré salir y abrazarla, porque ya estaré bien, ya no habrá fantasmas que me entorpezcan al caminar.

Bajo la pierna derecha primero, siempre ha sido mi preferida. Ahora le toca a la izquierda. Noto la respiración nerviosa de Anita al otro lado, veo sus suaves manos tocar la puerta con cuidado. Introduce sus dedos en el estrecho que ha quedado tras entreabrir el armario. Sus manos consiguen llegar hasta mi cabello, que acarician con mucho cuidado. La tensión disminuye de golpe y lloro, abrazándome a mis piernas, mientras me dejo acariciar. La tensión sube de golpe y en mi turbia mente le arranco los dedos con un mordisco y después acabo con mi patética vida. Su suave aliento me devuelve a la realidad y me abrazo a su diminuto cuerpecillo mientras ella me acaricia la cara con dulzura.

—Tranquilo, Eric —me susurra —tranquilo, esta vez todo irá bien, te lo prometo.

Confío en sus palabras, una vez más, y me doy cuenta al instante de que me he equivocado de nuevo, al ver sus rasgos transformarse hasta dejar su rostro sumido en una masa amorfa, y entonces grito y huyo de Anita

de nuevo, y todo comienza a dar vueltas, a dar vueltas...Hasta que mi cerebro se reinicia y todo empieza desde cero.

Capítulo 10

Tic-tac

Pasaron dos horas y un minuto desde el incidente. La casa se encontraba sumida en absoluto silencio; no se escuchaba un sólo ruido. Tess estaba escondida detrás del sofá y sus ojos miraban fijamente el enorme reloj que colgaba de la pared. Tic-tac, tic-tac... Era un sonido que siempre la había tranquilizado, desde que era niña. Recordó a su padre sentado en su cama por las noches, acariciando con dulzura sus rizos y susurrándole que no debía tener miedo, que si se concentraba y escuchaba el tic-tac del reloj significaría que estaba despierta y a salvo, que había cruzado la barrera del mundo de los sueños, que sus pesadillas jamás la seguirían hasta su cama...

Se escuchó un terrible ruido proveniente de la cocina, que hizo que su pequeño corazón bombeara sangre sin parar. Tess gritó cuando escuchó los espeluznantes berridos producidos por el hambriento ser que había sido hasta hace unas horas su hermana pequeña Shelley, seguidos de unos fuertes golpes que se descargaban con furia contra la endeble puerta de cristal, destrozando así la única barrera que las separaba. Tess apretó los ojos hasta hacerse daño y se concentró en el reloj. Tic-tac, tic-tac, tic-tac... Despierta, Tess, despierta y nada de esto habrá pasado, Shelley seguirá siendo una niña adorable y tu padre estará a tu lado para abrazarte con fuerza...

Pero el reloj paró, callando para siempre su voz, al compás de su destrozado corazón, que yacía desparramado por el suelo de la sala de estar.

Capítulo 11

La coleccionista

—Oh, señora Petterson, finalmente ha venido, ¿desea tomar una taza de té? —Katie acercó la oreja con un gesto teatral a su aterrada madre, que yacía amordazada en el suelo. —¿Qué dice, señora Petterson? No la entiendo, tiene que hablar más alto, porque la señora Morrison está sorda, ¿sabe?

Katie se acercó a su padre, en cuya mirada se leía el más genuino terror. Estaba atado de pies y manos y llevaba un horripilante vestido rojo de lunares blancos estampados. Katie se había esmerado tanto en que pareciera la señora Morrison que le había dejado la cara literalmente destrozada. Cuando la niña le extendió su pequeña mano su padre mugió, intentando arrastrarse hacia atrás.

—Señora Morrison, pero qué callada está usted hoy, ¿sus hijos ya no vienen a verla? ¿Y eso? ¿Así que es usted una vieja amargada? —Katie le derramó el café recién hecho por encima del ridículo sombrero, haciéndole gritar a través de la mordaza.

—Bueno, bueno, bueno, menuda reunión de amigas, ¿eh? ¿Estáis contentas con vuestras vidas? —Katie se inclinó hacia la vecina de enfrente, que se había desmayado por primera vez hacía un rato a causa del dolor y por su expresión estaba a punto de hacerlo de nuevo. —No, no, no, ni se le ocurra, señora Jones, he de decir que está acabando con mi paciencia, demonios, ¿ES QUE QUIERE QUE LA CASTIGUE DE NUEVO? ¿ES ESO LO QUE QUIERE? —La mujer negó frenéticamente con la cabeza, con lágrimas saliendo a borbotones de sus cansados ojos. —De pronto, Katie cambió de opinión y se alejó de ella. La señora Jones suspiró con alivio y se dejó caer con pesadez en el regazo del jardinero, quién llevaba dos horas con los ojos cerrados rezándole a Dios sin parar.

—Está bien, señoras, está bien, no queréis té, pues a dormir. Señora Adams, no quiero que vuelva a besar a la señora Smith, es repugnante, a no ser que queráis volver al cuarto del castigo....—Katie dirigió su lunática mirada a los jóvenes vecinos de la casa de al lado, que se encontraban abrazados y acurrucados en el suelo. Ella no paraba de sollozar mientras su marido le pasaba con discreción la temblorosa mano por el pelo.

Katie apagó las luces del salón, donde se encontraban dieciocho personas en ese instante, dos de ellas a un paso de la muerte, cuatro estables, pero en estado grave y el resto con heridas leves (por el momento). Se fue a la cama, acompañada de su muñeca de trapo, Addie, pensando en lo

maravilloso que era tener su propia colección de muñecas, muñecas de verdad, no esa porquería de plástico barato que se empeñaba en regalarle su madre, cumpleaños tras cumpleaños. Ya era una niña mayor, había llegado la hora de divertirse, tal y como lo hacían los adultos.

Se durmió con una sonrisa en los labios; estaba disfrutando de un sueño maravilloso, en el que ampliaba su colección hasta llenar su casa de tres pisos con muñecas, muñecas de verdad.

—¿Una tacita de té, señora Williams?

Capítulo 12

Monstruos

Queridos terrícolas, os voy a contar un secreto; los monstruos existimos. No somos tan terriblemente feos como los que aparecen en esas películas de terror gratuito que tanto os gustan. Tampoco somos muy agradados, es lo que hay.

Nos encanta escondernos en los rincones más oscuros de vuestros dormitorios, sí, sí, esos rincones que soléis evitar a toda costa cuando pasáis corriendo por nuestro lado en plena noche, esperando que salgamos de nuestro escondite con un chillido atroz y agitando los tentáculos, aunque un solo crujido del techo basta para haceros temblar. Lo cierto es que nos encanta asustaros, pero tenemos nuestras propias reglas. La primera regla es que sólo nos alimentamos de vuestro miedo (aunque tenéis que reconocer nuestro mérito en tener una voluntad de hierro cuando dejáis una succulenta pierna destapada al dormir, tan apetitosa que dan ganas de pegarle un mordisquito, y luego otro, y otro más...Mmm).

Pero volvamos a lo que nos concierne. Queridos humanos; no dejéis de tener miedo. Nunca. No dejéis de vivir en un constante estrés. Seguid alimentando vuestra parte más irracional con películas de miedo, historias inventadas y libros. Seguid temblando en vuestros hogares cuando estáis solos. Seguid pensando en lo efímera que es vuestra existencia. Envejeced más rápido. Seguid siendo el único animal que teme a la muerte, pues de lo contrario moriremos de hambre, desapareceremos para siempre.

Pensándolo bien, lleváis unos cuantos millones de años en este planeta y no habéis aprendido a dejar de temer, así que creo que nuestra especie no corre peligro alguno. Gracias, humano, gracias por servirnos de huésped. Seguiremos parasitándote por el resto de los tiempos.

Firmado: Un monstruo muy satisfecho con su existencia.

Capítulo 13

Los amantes

Chuck y Sara, Sara y Chuck. Ella se sintió bendecida cuando, durante un consecutivo ataque de pánico, acabó con la vida de todos los ocupantes de su casa (las voces, las malditas voces de mi cabeza...) y todo se quedó en un silencio que apaciguaba al demonio de su interior. Mientras se dedicaba a borrar las huellas del crimen con apatía, apareció él, justo detrás suya, como salido de la nada. Al principio creía que la iba a matar, y lo cierto es que no se equivocaba del todo; esa había sido la genuina intención de Chuck, quien llevaba observando a Sara durante mucho tiempo a través de las plantaciones que protegían su granja. La mente calculadora de Chuck quería tenerlo todo bien preparado para el gran momento, pero su instinto animal le ordenó que lo hiciese lo antes posible, de modo que lanzó una moneda al aire y el instinto ganó.

Cuando descubrió a Sara en la penumbra, arrastrando por las escaleras de madera los cadáveres del señor y la señora Green, se quedó petrificado. Algo en su cabeza había hecho "click" y de pronto sus instintos primarios desaparecieron; decidió que ya no quería matarla. Se había quedado embelesado con aquella joven sureña, que había demostrado tener una buena mano y mucha sangre fría.

—Ayúdame, ¿quieres?— Sara había sido la primera en romper el hielo. Tenía la cara sudorosa y le temblaban las manos de la tensión. Los cuerpos pesaban demasiado para una chica de su constitución, y más si pretendía arrastrarlos los dos al mismo tiempo.

Chuck, sin pronunciar una sola palabra, asió los dos cadáveres con sorprendente facilidad y los llevó al jardín, donde intuía que Sara querría que los enterrase. La chica observaba boquiabierta la escena, mientras él cavaba un hoyo de considerable profundidad bastándose sólo con las manos (juraría que eran más pequeñas cuando las vi por primera vez...). Terminó con la tarea en cuestión de un par de minutos, enterrando con éxito a toda la familia de Sara. Sus perdidas miradas se cruzaron; sentían una poderosa e inexplicable atracción que era mutua, aunque de matices ligeramente distintos.

Empaquetaron todas las cosas de Sara en absoluto silencio, evitando mirarse. A veces las manos de ella rozaban con cuidado las de Chuck, provocando en su interior unas explosivas sensaciones; ninguno de los dos llegó a más.

Se subieron, cogidos de la mano, al Fairmont del 78 de color burdeos de Chuck, escondido detrás del matadero de la granja de los Green, emprendiendo un largo viaje a ninguna parte. Se mantuvieron juntos durante un año entero, año en que el estado de Oklahoma al completo pasó todas las noches en vela, rifle en mano, aguardando a la terrorífica pareja de asesinos, cuya fama crecía a pasos agigantados debido a los ríos de sangre que dejaban a su paso por las granjas del estado. Cometieron verdaderas atrocidades, y los pocos testigos que quedaban para contarlo juraban y prejuraban haber visto a una auténtica bestia junto a la joven mujer de mirada perdida, información que se difundió con la rapidez del viento, formulando numerosas preguntas sin respuesta, de modo que la gente no hacía más que preguntarse por qué demonios aparecían los cadáveres con los miembros arrancados y marcas de mordeduras, como a "medio comer".

Sara no vivió mucho más para confirmar aquellas terribles sospechas. Algo pasó entre ellos dos para que Chuck terminara cometiendo su crimen más atroz, dejando el cadáver de Sara devorado casi por completo, con jirones de carne desparramados por la maleza, en algún desvío de la Ruta 66. Sea como sea, los asesinatos cesaron por completo durante el verano del 86, verano en el que encontraron los restos del cadáver de la muchacha, aunque los habitantes más antiguos de la zona aseguran a todo aquel que desea escuchar, que si pasas por la maltrecha carretera cualquier noche de verano, escucharás unos espeluznantes aullidos que te acompañarán durante todo el trayecto, si es que consigues llegar a tu destino...

Capítulo 14

Cero menos uno

Mandy llevaba un buen rato escondida dentro una de las numerosas cajas de aspecto metalizado, apiladas una detrás de otra en lo que había sido hasta hace poco la avenida Roosevelt (ahora destrozada por completo) que emitían una misteriosa luz blanca reflejada en la impoluta nieve. Tenía mucho frío y no recordaba cuando había comido por última vez, aunque probablemente lo hizo mucho antes de la explosión. Mandy se frotó las heladas manos para intentar entrar en calor, consciente de que estaba a 20 grados bajo cero y que se encontraba en plena calle, sin contar aquellas cajas, que no mantenían el calor en absoluto. Mandy pasó la mano por una de las paredes, sintiendo un tacto rugoso y algo húmedo. Era extraño, pero las paredes no desprendían frío, a pesar de que Mandy estaba helada.

La niña rebuscó en los bolsillos de su anorak azul, con la vana esperanza de encontrar restos de comida, algo, cualquier cosa. En las profundidades del agujero que tenía en el bolsillo izquierdo se topó con un duro objeto de plástico. Lo sacó a la luz, descubriendo que era el smartphone de su madre. Lloró de la emoción, mientras acariciaba con sus pequeños dedos la pantalla táctil, destrozada en algunos ángulos. Trató de encenderlo y sintió un cosquilleo en el estómago cuando, después de varios intentos, la pantalla se iluminó, mostrando una foto de ella y su hermano pequeño Dean, que su madre tenía como fondo de pantalla.

Estuvo un rato viendo las fotos, sumergida en sus infantiles recuerdos, hasta que el tremendo cansancio pudo con ella y se durmió, acurrucada en un rincón, abrazada a su inesperado trofeo. Mandy durmió muy inquieta, luchando contra las terribles pesadillas que se habían apoderado de sus sueños. Su frágil mente de niña de ocho años recreaba, una y otra vez, el momento de la colosal explosión, que se llevó la vida de su madre y sus dos hermanos en cuestión de segundos, llenando de restos humanos lo que una vez había sido su hogar.

Una serie de estridentes pitidos, que se asemejaban a las sirenas de policía, hicieron que se despertara, alarmada, con el corazón latiendo a cien por hora. Se preguntaba qué demonios había sido eso, y a la vez no deseaba saber la respuesta. Recordó que estaba sola, que desconocía si había sobrevivido alguien más allá fuera y deseó con todas sus fuerzas reunirse con su madre y sus hermanos. No entendía los motivos por los que ella se había salvado y los demás no. Quizás había sido un castigo divino, como le gustaba decir a su abuela, y estaba destinada a estar sola, para siempre, vagando por las desiertas calles de lo que había sido su

ciudad. Sus inocentes ojos azules se llenaron de lágrimas. El terror se apoderó de ella, su diminuto cuerpo temblaba con violencia mientras decidía qué hacer. Sintió una leve vibración, muy cerca de ella. Se palpó los bolsillos y descubrió con sorpresa que la vibración provenía del móvil. Lo sacó rápidamente y visualizó una llamada entrante de un número desconocido. Una mezcla de miedo y emoción a partes iguales se apoderó de Mandy, que miraba fascinada el dispositivo sin poder mover sus dedos.

¡Había alguien más! La repentina señal era la prueba que tanto necesitaba, la contundente prueba de que quedaba alguien con vida en la ciudad, que no estaba sola. El dispositivo dejó de vibrar durante un par de segundos para empezar con una nueva llamada y Mandy tomó la decisión de salir de una vez por todas de la caja y emprender la búsqueda de esa persona que se estaba tomando tantas molestias en llamarla, por la que ya empezaba a sentir un atisbo de cariño.

Salió de la rugosa caja sintiendo el suave crujir de la nieve, olvidándose de mirar a su alrededor. Deslizó el tembloroso dedo por la pantalla para aceptar la llamada, pronunciando un emotivo "¿Hola?", esperando nerviosa la ansiada respuesta. Pero no hubo respuesta, su misterioso interlocutor había desaparecido, escuchándose tan sólo un conjunto de ruidos y crujidos en la línea. Mandy miró decepcionada el smartphone, esperando una nueva llamada, cuando una serie de gritos rompieron el silencio amenazador que reinaba en la ciudad. Los gritos comenzaron a esclarecerse, y Mandy descubrió horrorizada que no eran gritos, sino su propia voz al teléfono, diciendo "¿Hola?", que parecía provenir de todas partes y que se repetía, una y otra vez, saturando el sonido del viento con "holas", volviendo a la niña inmediatamente loca, que yacía tirada en la nieve tapándose los oídos con fuerza, mientras unos extraños y feos seres blanquecinos, de aproximadamente tres metros de altura, poseedores de unos larguísima brazos que acababan en unas garras tan afiladas como cuchillas, se formaban de las paredes de las cajas y se dirigían a ella, con sus enormes bocas abiertas de par en par, destrozando la masa que formaba sus uniformes caras, mientras en sus pechos se formaba la palabra "¿Hola?", que parpadeaba sin parar, como si estuvieran retransmitiendo la señal una y otra vez. Mandy no se había equivocado en una cosa; había sido la única superviviente de la Tierra.

Capítulo 15

Sus ojos verdes

Llueve a cántaros cuando Dylan "Big D" Rogers me saca a la calle prácticamente a rastras.

—Deja el caso, Jack.

—Sabes que no puedo hacer eso, Big D —Respondo, mirándole fijamente a los ojos. Dylan mantiene la mirada durante un largo minuto. Se da por vencido y me aparta con un fuerte empujón, lanzándome una cruda advertencia:

—Eres un cabrón orgulloso. Se acabaron las ayudas, ¿me has oído? Estás solo en esto, tú te lo has buscado, Jack—Me grita, enojado, mientras se aleja a grandes zancadas, rompiendo lo poco que queda de mi maltratado corazón.

Me quedo petrificado en plena calle, con la incansable lluvia penetrando en mis tejidos mientras observo al que una vez fue un fiel compañero y mejor amigo marcharse, quizás para siempre. Suspiro y vuelvo dentro, para continuar con el caso que me tiene obsesionado desde hace dieciocho meses. Me resulta más sencillo pensar en meses, engañándome a mi mismo, como si los años no pesaran lo suficiente. Cada día que amanece siento cómo la presión mantenida desde hace tanto tiempo se clava en mis hombros con sus afiladas cuchillas, recordándome que no existe lugar para el olvido, que debo apretar los dientes y seguir.

Me dejo caer con pesadez en el desgastado sillón, mirando desesperadamente a mi alrededor, a cualquier parte menos al maldito expediente que tengo delante, con sus hojas arrugadas y desgastadas de tanto leer. Vuelvo a levantarme en dirección al robusto armario de considerables dimensiones, lo único de mi anodino despacho que hace que no me sonroje, y saco una mugrienta botella de whisky de Tennessee. Constató con tristeza que sólo queda la mitad del contenido, mientras mis manos actúan solas y se sirven un generoso vaso. Vacío el contenido de una sentada, sintiendo la repentina pesadez de mis párpados. "Eres un saco de mierda, Jack", me digo a mi mismo y de repente recuerdo que el whisky fue un regalo de Anna y la botella acaba estrellada en las paredes de mi triste despacho, impregnando el viejo papel pintado de alcohol.

Vuelvo a sentarme y me tapo la cara con las manos, mientras mis hombros convulsionan en amargos sollozos. Las lágrimas caen, una a una, en la maldita carpeta marrón, y yo me dedico a abrirla y cerrarla,

esforzándome en no mirar su contenido. Pero su fotografía sigue ahí, impasible, clavando sus fríos ojos verdes en los míos, atravesando el cartón para llegar a mí. Me armo de valor y vuelvo a hojear el expediente, evitando la mirada de Anna, olvidando su dulce rostro, centrándome únicamente en los terribles hechos, en el imperdonable crimen que había sido capaz de ejecutar con una perturbadora frialdad, mostrando por primera vez ese lado oscuro que yo no había sido capaz de percibir durante los diez largos años de matrimonio.

Pienso en nuestros hijos, Caroline y David, mientras me ahogo en mi propio océano de lágrimas saladas. No me dejaron despedirme de ellos. Big D se encargó de todo mientras yo estaba sedado en una fría camilla de hospital, con los ojos fijos en el blanquecino techo y mi pobre espíritu flotando, perdido y solo, alejándose deliberadamente de mi consciencia.

Mi vida como policía acabó al terminar el funeral, lo dejé todo para dedicarme en exclusividad al único caso que me importaba ahora, dispuesto a vender mi alma al diablo para poner punto y final al expediente, prometiéndome a mi mismo que la encontraré, que encontraré a Anna y esta vez no la dejaré escapar, seré fuerte y apretaré el gatillo, le clavaré una bala entre sus fríos ojos verdes.

Capítulo 16

El huésped

Estaba escondido detrás de los polvorientos estantes, repletos de sopa de tomate enlatada Campbell , con casi todos los botes pasados de fecha y cubiertos de un nada apetitoso moho verdoso. Aquella diminuta y algo sucia tiendecita, denominada con orgullo "Ultramarinos Chuck" había llamado su atención desde el principio, quizás por el fétido olor a putrefacción que provenía del interior, o puede que por el llamativo cartel de neón, que soltaba chispas de vez en cuando, con la mitad de las letras descolgadas. El monstruo, cuya apariencia recordaba lejanamente a una langosta (duplicando el tamaño de una langosta común, claro está) mezclada con un caniche, ya que presentaba algo parecido a un morro con afilados y amarillentos colmillos y una pelusilla grisácea que cubría su intento de cráneo, observaba con fascinación al moreno dueño de la tienda, quién se rascaba con las uñas los numerosos granos de los brazos para, acto seguido, continuar la trayectoria por el orificio nasal. El inesperado huésped sintió un repentino dolor de estómago, y decidió rápidamente que el pobre Chuck, pese a no tener muy buena pinta, le serviría de cena. Reptó con mucho cuidado hasta las peludas piernas del tendero, que desembocaban en unas mugrientas sandalias de color ocre, tirando sin querer una lata de sopa que cayó con un estruendoso golpe, e hincó sus numerosos colmillos en los escuálidos tobillos del hombre. Los aterrorizados asiáticos vecinos de arriba escucharon los escandalosos gritos y llamaron rápidamente a la policía, que tardó más de tres cuartos de hora en llegar, puesto que ninguna de las dos telefónicas partes se comprendían.

Curiosamente, el extraño ser langosta-caniche (al que solo un perturbado podría encontrar semejanza con cualquier característica animal) le había hecho, sin quererlo ni beberlo, un gran favor a la humanidad, pues encontraron numerosos cadáveres en el viejo congelador de la trastienda, zanjando por fin el terrorífico caso del asesino encapuchado con sandalias que llevaba meses sembrando el terror en las calles del diminuto pueblecito. Los policías respiraron aliviados cuando encontraron el cadáver destrozado de Chuck, sin saber que algo peor, mucho peor estaba suelto por las calles (con un par de latas de sopa Campbell bajo las pinzas).

Capítulo 17

Leyendas urbanas

—¿La autoestopista fantasma?

—Eso ya lo hicimos la semana pasada.

—Está bien, ¿qué tal Bloody Mary? Es fácil, espejo, peluca y tijeras ensangrentadas.

—Esa idea la cogió Anne hace dos días. Piensa en otra cosa, Bob.

—¿El asesino de No solo los perros lamen?

Andrew se rascó la cabeza, pensativo. Esa idea le había gustado. ¿Qué mejor que meterse bajo la cama de alguien e imitar a un perro, lamiéndole la mano?

—Ésa es buena, Bob. Vale, ahora el escenario. ¿La señorita Bloomsdale, avenida Brooklyn, 16? Estoy muy harto de sus clases de historia y de sus aires de ratita intelectual. —Andrew frunció el entrecejo. —No, espera, tengo una idea mejor, podríamos probar con la asquerosa de Gloria Dawning. Es perfecta, Bobby, si tiene hasta un maloliente chucho, Fluffy, igual de viejo que ella.

—Tío, no tienes corazón, es una pobre viejecita inocente.

—¿Inocente, ese vejestorio? ¡Ja! La muy cabrona me espía siempre que paso por su jardín de mierda y se lo sopla todo a mis padres. Ésa de inocente no tiene nada, te lo aseguro.

Bob resopló, molesto. No estaba de acuerdo con la actitud infantil de Andrew, pero le encantaba asustar a la gente y las bromas pesadas. Él, Andrew y Anne tenían atemorizado a todo el vecindario desde el Halloween del año pasado, semana tras semana. Solían maniobrar los viernes, aunque en ocasiones era necesario rotar los días, debido a la constante alerta de los vecinos. Claro que nadie sabía que eran ellos; les bautizaron como los Poltergeist, aunque todo el mundo sabía que aquellos sucesos no tenían nada de paranormal. Las cosas se torcieron un poco cuando a Bree Huntington, aquella repugnante "sabelotodo", gordita con gafas, le dio un ataque de pánico y tuvo que llevársela la ambulancia. ¡Qué cerca estuvieron de que les pillara la poli! Bob sintió cómo la adrenalina invadía su cuerpo, proporcionándole un ligero y placentero temblor. Estaba enganchado a aquellos juegos, tan peligrosos, que él y

sus amigos se habían montado. Era lo más estimulante que les podía proporcionar aquel triste pueblucho en el que vivían.

Andrew encontró el perfecto disfraz para la noche, una túnica negra con capucha y una máscara de Jason (de Viernes 13, su saga de terror favorita). Le hizo una apertura en la boca (¿cómo iba a lamer la mano de la vieja Dawning, si no?) y ,tras titubear unos segundos, se armó con un cuchillo de cocina de verdad, sólo para causar más impresión. No comió nada en todo el día de la creciente emoción e iba poniéndose más nervioso conforme pasaban las horas. A las ocho en punto, tras la señal de Bob en su ventana, bajó con sigilo las escaleras, hasta llegar a la puerta principal. Ahí estaba Bob, igual de nervioso que él. Le temblaban las piernas y parecía estar a punto de vomitar.

Andrew sintió su ego crecer y le dio un par de palmaditas a su amigo. —¿Qué pasa, Bobby, es que le tienes miedo a la vieja Gloria?

—No sé, Andrew, ésto no me gusta nada, es muy mayor, ¿y si le pasa algo? ¿Y si es peor que lo de Bree?

La expresión feliz de Andrew cambió para dar paso a un enfado, que iba en aumento. Le dio un empujón a Bob, con el rostro enrojecido por la ira. —¡No vamos a hablar de la gafotas nunca más! ¿Está claro? A la vieja asquerosa no le va a pasar nada, y ahora, marchando.

Andaron un buen rato hasta llegar al voluptuoso jardín de Gloria Dawning, que de noche impresionaba aún más. Saltaron la valla con cuidado, vigilando en todo momento el resto de las casas. El cielo ennegreció de repente y una fina capa de lluvia se apoderó de todo el jardín. Bob le agarró instintivamente la mano a Andrew, quien estaba sudoroso de la tensión. Muy despacio se adentraron en el enorme caserón, en el que todas las luces estaban curiosamente apagadas, teniendo en cuenta la temprana hora. “Es un vejestorio” pensó Andrew, “Claro que se acuesta temprano, no tiene otra cosa que hacer”.

Los dos amigos entraron en lo que parecía ser una sala de estar, con un gigantesco reloj de cuco colgado en la pared. La madera chirriaba, amenazante, bajo sus pies. Toda la casa parecía estar alerta ante la llegada de los intrusos. Escucharon el golpeteo de unas ventanas, que provenía de la planta de arriba. A ambos se les erizó la piel de todo el cuerpo, pero ya estaban dentro, tenían que acabar la tarea, de lo contrario, Anne se burlaría de ellos eternamente.

Subieron las robustas escaleras con mucho cuidado, mirando, temerosos, a sus espaldas cada dos segundos. Ahí estaba Fluffy, el viejo perro de la señora, esperándoles, con los ojos enrojecidos y llenos de rabia, enseñando, amenazante los afilados colmillos. El perro se lanzó hacia los niños, sin previo aviso, que salieron corriendo de la casa y gritando como

posesos.

Andrew se paró en seco justo antes de llegar al porche, mientras su amigo Bob ya había doblado la esquina, lloriqueando, dirigiéndose a su casa.

Se sintió tremendamente enfadado y se le cruzaron los cables. Andrew se armó de valor y volvió a la vivienda, sujetando con la mano temblorosa el cuchillo de cocina. ¡Iba a enseñarle modales a esa vieja bruja!

Capítulo 18

El insólito lector

Se llamaba Dandurg Báthory, pero no estaba orgulloso de sus raíces. Nacido en en el seno de una familia sedienta de sangre, cuya realidad superaba con creces todas las habladurías de los aldeanos, se sentía solo, tan diferente de los demás. Todos creían extinto el clan de los Báthory, pero no era cierto. Habían robado el aspecto de otros nobles y tenían que actuar con mayor cuidado, eso sí, pero jamás desaparecieron. Siguieron obrando aquellas monstruosidades que los caracterizaban, año tras año, siglo tras siglo. Todos, a excepción de Dandurg.

Mientras sus sangrientos hermanos y hermanas salían de caza todas las noches, llevándose la vida de centenas de vagabundos y jóvenes hermosas sin raíces, Dandurg había descubierto su pasión por la literatura. Como noble que era, tenía acceso a una grandiosa biblioteca, en cuyo interior se perdía durante horas, dejando volar su imaginación hasta insólitos lugares, tapándose los oídos para no escuchar los desgarradores gritos procedentes del sótano, que no le interesaban en absoluto. Cuando ellos devoraban a sus víctimas, él devoraba las páginas de sus libros.

En ocasiones, se quedaba tan prendido de los manuscritos que se los llevaba consigo, cuando su lacayo, obligado por su vieja y vil progenitora, venía a buscarle a la biblioteca. Extraía los libros de su escondrijo cuando quería evadirse de la sangre y las vísceras que abundaban en el sótano. Su arcaica madre anhelaba con todas sus fuerzas que su primogénito fuese el grandioso heredero y, en consecuencia, como todos los demás. Dandurg, por su parte, hacía oídos sordos a los continuos llantos y acusaciones de ésta, y se aventuraba de nuevo en los maravillosos mundos que sólo los textos eran capaces de ofrecerle.

Pasaba las tardes entre Shakespeare y Molière, gritando, molesto, a sus hermanos, cuando la sangre de sus víctimas salpicaba las ásperas páginas de El Mercader de Venecia, las cuales frotaba con avidez, lanzándoles una mirada de odio a las pobres muchachas moribundas. Otras veces, alguna de las víctimas había intentado escapar y arrastrarse hacia Dandurg, con una pizca de esperanza en los ojos. Él las apartaba de un puntapié, con una marcada indiferencia en su rostro.

Los años pasaban y Dandurg fue convirtiéndose en un ermitaño, viviendo por y para sus libros. Los había robado casi todos, y se encerraba en un cuartucho que él mismo había construido, para aislar los molestos ruidos de sus familiares, aunque seguía escuchándolos de vez en cuando.

Cuando leyó por primera vez la obra de Utopía, descubrió que también podía evadirse, encerrarse en su propia imaginación, fabricando un mundo idóneo, en el que sólo él podía permanecer. Así, poco a poco, su mente fue trasladándose a la isla de Utopía, donde todos los elementos mágicos de sus libros convivían en paz, mientras su estropeado cuerpo por la falta de sangre yacía, cada vez más solo, en una esquina, enterrado entre libros.

Capítulo 19

Víctor

Después de aquella cena tan suculenta, no tenía ni fuerzas para levantarse de su butaca preferida. Era una especie de ritual; cenar, recostado en aquel sillón, viendo su programa de televisión favorito, *Mentes Criminales*. Apartó de un manotazo los restos, que cayeron al suelo con un golpe hueco. Víctor, que en realidad no tenía ningún nombre, y el actual se lo cogió prestado al antiguo inquilino de la casa (al que se había merendado hará un par de horas) sonrió de forma bobalicona, al centrar de nuevo su atención en la televisión; una mujer morena, que parecía estar aterrada, se tapaba la cara instintivamente con las manos mientras una sombra, portadora de un cuchillo se acercaba a ella sigilosamente. Víctor no entendía la mayor parte de lo que decían aquellas personas tan extrañas, vestidas de uniforme; pero disfrutaba muchísimo con las recreaciones de las escenas de los crímenes. Cuando la sombra atacó a la mujer, propinándole doce puñaladas en el vientre, Víctor se puso a aplaudir, con la amarillenta baba mojado lo que parecía ser un triste intento de vestimenta masculina.

Cuando el timbre sonó, por duodécima vez en lo que llevaba de tarde, Víctor tuvo que realizar un esfuerzo sobrehumano, sea irónicamente dicho, en apretar con fuerza sus numerosos abdómenes, a reventar de comida, y deslizarse pesadamente por la butaca, dejándola llena de rastros viscosos y malolientes. Se arrastró como pudo hasta la puerta principal, introdujo una de sus pinzas en el interior del cerrojo y abrió la puerta. Jessica, una pobre ama de casa de las que no se pierden una, comprendió lo que tenía delante cuando ya estaba dentro de Víctor, bañada en una ácida sustancia que devoraba su cuerpo lentamente, saboreando cada una de sus regordetas piernas.

Cuarenta y cinco minutos después, Víctor estaba de nuevo frente al televisor, más feliz que nunca. ¡Qué razón tenían los otros cuando le dijeron aquel truco para engañar a los bobos terrícolas! Tan fácil como poner un llamativo cartel en el jardín, que rezaba "¡OFERTA DE ÚLTIMA HORA! TODO A 2 \$".

Capítulo 20

Aquamarina

“Por fin, vacaciones”. Amber suspiró para sus adentros, mientras se quitaba las sandalias y se adentraba en la suave arena, que cosquilleaba con gracia sus doloridos pies. Se sentía un poco cansada, después de casi cinco horas al volante, pero no pudo evitar bajar un ratito a la playa. Un año entero sin verla, la había echado tanto de menos...Amber inspiró aquel, tan particular olor a arena mojada, que se esforzaba en mantener intacto en su memoria durante el período laboral. Ese olor la acompañaba en el día a día, estaba tan presente que si cerraba los ojos durante uno de sus descansos podía viajar hasta Aquamarina, visitar sus numerosas calas, perderse en la profundidad de sus playas...

Amber había heredado de sus padres un pequeño apartamento, de dos diminutas habitaciones, no muy lejos del paseo marítimo que tanto le gustaba frecuentar. Cuando era pequeña, solían pasar allí todos los veranos. Hasta el verano del 89, verano en que cumplió diez años, verano en que su hermano Donnie tuvo aquel maldito accidente que dividió a su familia. A raíz de aquel terrible incidente, la relación entre sus padres empeoró, hasta desembocar en un inminente divorcio, dos años después. Cada uno acabó en una punta del país. Amber se fue con su madre, hasta cumplir los diecisiete, momento que aprovechó para escapar de su progenitora a la Universidad de Washington. La relación con la única hija que les quedaba tampoco era para tirar cohetes. Amber llevaba cinco años sin ver a su padre, y otros tantos a su madre. Con esta última hablaba de vez en cuando por teléfono; conversaciones insignificantes que carecían de cualquier sentimentalismo. Su madre se había vuelto a casar con un ricachón de Kansas, su padre compartía las penas con un bulldog francés al que llamó irónicamente Donald.

Con los dos pies sumergidos en el agua, Amber trató de despejar su mente de todos los desagradables recuerdos, que luchaban, incansables con la firme intención de no dejarla en paz. El mar estaba algo frío, teniendo en cuenta la temporada estival, pero adentrarse en él era lo más parecido al paraíso. Amber descendió un poco más, hasta quedarse en su totalidad bajo el agua. Disfrutó del profundo silencio, una vez dentro, y sintió un repentino deseo de quedarse allí para siempre, lejos de los molestos sonidos mundanos. Permaneció sumergida durante unos dos minutos, hasta que sintió unas firmes manos agarrar su cintura y subirla a la superficie. Sintió la fresca brisa golpear su cara y, tras escupir todo el agua, una estridente risa salió de su garganta. El hombre que la había salvado la miraba, perplejo, mientras dejaba caer cuidadosamente su

cuerpo en la arena.

—¿Te parece gracioso el haber estado a punto de ahogarte? ¿Es que no tienes cabeza o qué? —Le gritó, con una furia desenfadada.

—No pensaba ahogarme, de ningún modo. Yo...únicamente disfrutaba de las profundidades del mar. —Respondió Amber, sonriente. —No soy ninguna suicida, te lo prometo. Es que... me despisté. Sólo eso.

El hombre, con una larga barba recogida cuidadosamente en una trenza, la seguía mirando con cara de pocos amigos. Sin decir una palabra más, se marchó, ladeando la cabeza. Amber escuchó un "maldita chiflada", mientras el barbudo se alejaba a grandes pasos .

Amber volvió al mismo lugar, a la mañana siguiente. Se sentía avergonzada de su irresponsable comportamiento y quería encontrar al hombre de la barba con la intención de pedirle disculpas. Lo visualizó a lo lejos, sentado en la orilla del mar, con un cantoso sombrero de color naranja. Se acercó muy despacio, y le puso la mano en el hombro. El hombre se giró, sobresaltado. La inicial sorpresa de sus ojos fue borrándose paulatinamente para dejar paso a la ira.

—¿Tú? ¿Quieres intentar suicidarte de nuevo o qué? Me parece que voy a pasar de salvarte esta vez.

—En realidad, he venido para pedirte disculpas por mi estúpido comportamiento. Yo soy así de alocada. Amo con locura esta playa, y ayer me dejé llevar. Debí habérmelo tomado más en serio. Quisiera invitarte a cenar esta noche en mi apartamento, ¿de acuerdo? —El barbudo gruñó algo ininteligible, pero Amber estaba segura de que finalmente aceptaría. —No me vale un "no" por respuesta. Vivo a dos manzanas de aquí. ¿Ves aquel bloque de color turquesa? Segunda planta. Mi ventana es aquella de las cortinas de colores. Puedes llevar alguna botella de vino. —Amber le guiñó un ojo, mientras se alejaba corriendo. La esperaba un largo día por delante.

Estuvo toda la tarde preparando cuidadosamente la cena, un espléndido pavo relleno, cuyo olor se propagaba por todo el apartamento. A las ocho en punto sonó el timbre. Amber se observó en el espejo, retocándose ligeramente el pelo. Se lanzó una mirada llena de aprobación y bajó corriendo las escaleras. Allí estaba él, se había puesto una camisa de motivos hawaianos, el pelo recogido en una modesta coleta y peinado hacia atrás y la barba, que seguía trenzada. Seguía teniendo aquella mirada, algo turbia, parecía estar algo incómodo, se toqueteaba con nerviosismo los bordes de la camisa.

Hablaron muy poco durante la cena. Durante su breve conversación, Amber descubrió que se llamaba Steve, era pescador, como lo habían sido

antaño todos los hombres de su familia, estaba divorciado y tenía una hija, Eva. Amber le dijo que era publicista, que vivía en Seattle y que adoraba los veranos que pasaba en Aquamarina. No hizo falta decir nada más. Las intensas miradas que se lanzaban el uno al otro lo hicieron todo por ellos.

Steve se acercó lentamente a Amber, y sin decir una palabra, la subió en brazos. Ella le indicó, entre risas, el camino hacia el dormitorio. La tumbó en la cama, con extremada suavidad, sacó unas cuerdas del bolsillo de sus pantalones vaqueros y le ató fuertemente las manos. Después, le mostró los enormes colmillos y ,en cuestión de segundos, le desgarró la garganta, arrancando salvajemente su delicada piel. El débil grito de Amber murió, ahogado, en su interior. En cuestión de tan sólo un par de minutos estaba muerta.

El hombre arrastró por el suelo el aún caliente cadáver de Amber, envuelto en las gruesas sábanas, empapadas por completo de sangre. Era la una de la madrugada, principios de junio, por lo que no había vecinos en al menos un par de manzanas de allí. Steve subió con brusquedad el cuerpo a la camioneta roja, pensando en lo pesada que le resultaba esa parte. Sin embargo, para él merecía totalmente la pena. Envolvió el cadáver en varias bolsas de plástico, llenándole previamente los bolsillos de piedras, y lo lanzó por el acantilado, directo al mar. Contempló con alevosía cómo las olas lo mecían con suavidad hasta engullirlo por completo. Sacó una diminuta pulsera de plata del bolsillo, que contempló, satisfecho, bajo la luz de la luna. Tenía una irrefrenable necesidad de quedarse con algún objeto de sus víctimas, aunque sabía que era cosa de humanos y eso le enojaba ligeramente.

Cuando el naciente sol apareció por el horizonte, Steve se metió en la camioneta y bajó a la playa. Tenía que seguir ganándose la vida como pescador, para poder permitirse aquellos caprichos. Se sentó en la orilla y sacó su caña de pescar. Al cabo de un rato, sintió cómo se tensaba la cuerda y tiró de la caña con todas sus fuerzas. Puso cara de asombro cuando percibió cómo lo que había en el mar imprimía a su vez, una fuerza cada vez mayor. Steve hundió las manos en la arena, tratando de agarrarse a algo, en vano. Una descomunal fuerza le arrastraba dentro. Los gritos de Steve fueron ahogados por los murmullos de la brisa, que elevaron su volumen al máximo. Dentro le esperaba Amber, quien por fin había encontrado su lugar, abrazándose a los abismos del mar.

Capítulo 21

La tía Dakota

Annie pintaba corazones torcidos en una vieja libreta de su madre. Estaba muy enfadada porque la habían hecho venir a aquel horrible caserón que olía tan raro. Su madre no le hizo el menor caso cuando le dijo que olía a pipí de gato. Claro que la vieja tía Dakota era una “loca de los gatos”. Annie contó hasta once gatos juntos un día que su madre y ella vinieron de visita. Su madre era enfermera y cuidaba de la anciana, además de pincharle medicamentos para no se qué enfermedad. A Annie no le gustaba nada la tía Dakota. Nunca le ofrecía galletas ni caramelos, como las agradables ancianitas de la residencia donde trabajaba su madre. Además, tenía unos enormes ojos saltones que parecía que iban a salirse de las órbitas en cualquier momento. Tampoco le dejaba tocar nada, era extremadamente recelosa con sus cosas. Un regalo de señora.

¡Y su madre no tenía mejor cosa que hacer que traérsela aquí siempre! Y encima, era un día rarísimo. Había muchísima gente en la sala de estar. Annie no estaba acostumbrada a tanta muchedumbre, le producía ansiedad. Por eso había decidido subir a la planta de arriba a curiosear un poco. Escuchó unos cuidadosos pasos al otro lado de la puerta. El pomo giró levemente y una vocecilla temblorosa, que pertenecía a la tía Dakota, le habló:

—¡Pero bueno! ¿Qué hace una niñita como tú aquí, sola? Ven, querida, que tengo unos dulces especialmente reservados para ti.

Annie se quedó en silencio durante unos segundos. Desconocía la razón, pero no quería ir con la vieja. Una extraña intuición se apoderó de ella y decidió hacerse la sorda y seguir dibujando. La anciana siguió llamándola, en vano y tratando de girar más el pomo. No consiguió abrir la puerta; Annie supuso que se había quedado sin fuerzas por lo mayor que estaba. “Que se aguante la vieja” pensó de repente.

Llevaba un buen rato allí arriba cuando entró mamá. Tenía ojeras y un aspecto de tremendo cansancio.

—Vamos, cielo, tienes que bajar. Hay que despedirse de la tía Dakota.

—No hace falta, mami, si acaba de pasar por aquí. Me ha ofrecido dulces pero no he querido.

Un prolongado silencio.

—La tía Dakota está muerta, cariño. Hemos venido a su funeral, te lo he dicho esta mañana. Anda, ven conmigo. Creo que estar todo el día aquí metida no te ha sentado nada bien.

Capítulo 22

El pequeño Timmy

Suenan las campanas. Los niños salen corriendo al patio; saben que ha llegado la hora. Se preparan con decisión, comprueban la presencia del cuchillo en sus bolsillos traseros. Algo cambia en sus miradas. La inocencia se borra de sus ojos, quedándose sólo un vacío aterrador. Ellos aguardan, muy quietos, sin mover un sólo músculo del cuerpo. Tan sólo falta uno de ellos, escondido debajo de un viejo pupitre en una de las aulas abandonadas. Los observa, aterrado. Sabe que irán a por él en cuanto se den cuenta de su ausencia.

Cuando los primeros gritos inhumanos rompen el silencio, el pequeño Timmy se tapa los oídos y cuenta hasta diez. Ha entrado en calma. Se levanta, muy despacio, coge la pistola de su padre y sale al patio con la firme decisión de acabar con todos.

Días más tarde dirán que el pequeño Timmy se había vuelto loco, que había exterminado a profesores y compañeros por igual, que no tenía ni pizca de compasión. ¿Quién se va a creer los delirios que cuenta el pequeño Timmy? ¿Que un grupo de "cosas aterradoras" metidas en la piel de aquellos niños eran los verdaderos autores de la masacre? Él los había visto por la tele y había reconocido el brillo de su mirada. Había querido unirse a ellos, pensando que tan sólo serían unas amigables criaturas del espacio. Timmy lloró, tirado en la cama de su celda. Mañana sería juzgado como un adulto. Contó hasta diez, como hacía siempre que estaba nervioso. Uno, dos, diez. El pequeño Timmy levantó la cabeza, con una misteriosa sonrisa en los labios. Ya nada le preocupaba. El maligno reflejo en su mirada lo haría todo por él a partir de ahora.

Capítulo 23

Las musas tienen garras

Edward Tate estaba descansando en su butaca favorita de piel, cerveza en mano, después de lo que él catalogaba como un día duro de trabajo. Los escritores como Edward no lo tenían nada fácil; si no tenías amigos redactores en revistas literarias, familiares en alguna editorial o ambas cosas (o un saco a reventar de dinero) tu destino estaba más que escrito. Tendrías todas las papeletas para el fracaso, palabra temida por todo escritor que se precie. Sí, probablemente estarías destinado a pasar el resto de tus días pegado a un sofá lleno de grasientas manchas de aceite, borracho y muy solo.

Ed no era ninguna de esas cosas. Tan sólo era un joven (itreinta y tres años!) escritor de novela negra, que intentaba abrirse el camino cruzando por la boca del lobo. Vivía en un viejo apartamento en Nueva York, heredado de su tía Pam. Ésta se había reencontrado a sí misma en los últimos años de su vida y se pasó cuatro años pintando cuadros de naturaleza rocambolesca. Sus cuadros más suertudos acabaron en una exposición callejera de arte moderno sobre la vida de Jesucristo (Pam era profundamente religiosa). El resto de su obra simplemente acabó por ahí, esparcido por todos los rincones del apartamento. Algunas de sus pinturas producían en Edward unas sensaciones muy extrañas, pero le servían de inspiración para describir los escenarios de un grupo de adictos al cristal, pertenecientes a su nuevo libro.

Pero volvamos a aquella cálida tarde de marzo, con un Ed semi dormido en la butaca de piel. La botella se había colado de entre sus dedos y la cerveza se derramó suavemente por la alfombra color crema. Una cálida mano acarició la incipiente barba de Ed y éste se estremeció. Bostezo y se frotó los ojos con los nudillos. Cuando los abrió, una preciosa muchacha estaba frente a él, sentada en el suelo. Era verdaderamente bonita: el lacio cabello pelirrojo le caía por los hombros, unos ojos verdes enormes lo miraban con incredulidad y picardía.

—Hola— dijo Ed. La chica se tapó la boca con la mano y soltó una risita.

—¿Cómo has entrado aquí?— Ante la pregunta, la joven se levantó muy deprisa y salió corriendo en dirección al dormitorio de Ed. Éste, aún estupefacto por lo que estaba ocurriendo, corrió detrás de ella.

—¡Espera! ¿Cómo te llamas? ¡No te vayas!— Ya era tarde. La pelirroja se había esfumado. Ed la buscó por todo el apartamento, incluso bajó a la calle, esperanzado de ver los destellos cobrizos de su pelo a lo lejos. Pero

no hubo suerte.

Desde aquella extraña tarde Edward se obsesionó con la muchacha. Sentía que la chica tenía algo especial. Desconocía lo que era, pero le volvía loco. Se lo contó a sus colegas, esperando un consejo o quizás una respuesta coherente. Todos se lo tomaron a cachondeo; los comentarios más benévolos que recibió decían que era fruto de su imaginación, que sencillamente había soñado con ella. Ed sabía que no era cierto, que la pelirroja era real. Más real que todos ellos.

Pasaron los meses y ningún rastro de ella. Ed se había convertido en un hombre huraño. Dejó de salir con sus amigos, dejó de llamar a su familia. Pasaba horas sentado en aquel sillón de piel, pensando en unos ojos color verde intenso. Abandonó su antiguo proyecto y comenzó a escribir una nueva novela, basada en ella. Se pasaba días enteros y noches en vela sentado frente al portátil, tecleando, dándole vida al que se había convertido en su máspreciado proyecto. Su obra de arte. Los pocos ratos que conseguía dormir tampoco era libre; ella había ocupado toda su vida, atrapado sus sueños, había devorado a Edward Tate.

Una fría noche de octubre Ed estaba a punto de terminar su obra magna. Estaba muy irritado porque no conseguía encontrar un final apropiado para su pelirroja. Todo lo que venía a su mente le parecía mediocre e indigno de escribir. Cerró los ojos e intentó concentrarse en la historia con todas sus fuerzas. Entonces sintió unas cálidas manos que se posaban en sus hombros con suavidad. El corazón le dio un vuelco; su interior vibraba de alegría. ¡Era ella!

Ed agarró sus manos y comenzó a besarlas. Las lágrimas caían por sus mejillas. No era para menos; la muchacha había regresado, prueba irrefutable de que no estaba loco. Giró la silla para encontrarse con ella. Frente a él había algo, de titánicas dimensiones, recubierto de coraza de reptil. El monstruo soltó un rugido, seguido de una risita, idéntica a la de la pelirroja. Se arrojó sobre Edward, destrozándolo al instante.

Un par de semanas después.

Dos jóvenes se encontraron en una cafetería de Nueva York. El más joven de los dos, de pelo rubio y gafas oscuras, llevaba en los brazos un libro enorme, con unos ojos de color verde en portada. Pidieron un caffè latte cada uno y comenzaron a conversar:

—¿Has visto esto, Roger? Se ha convertido en best-seller en un par de días. Es impresionante la acogida que está teniendo.

—Lo cierto es que es un libro que atrapa desde la primera página y no lo quieres soltar hasta el final. Y las descripciones de la protagonista...Muy excitantes. Desde que lo terminé vivo obsesionado con que aparezca detrás mía — El moreno soltó una carcajada mientras le pegaba otro sorbo al café.

—Lo curioso del asunto es que el autor, E.J. Tate, desapareció en la víspera de la presentación del libro.

—Ya,tío, toda esa historia con su apartamento es muy extraña...Dicen que las ventanas estaban abiertas de par en par y la puerta cerrada por dentro con llave. ¿Se fue volando o qué?

—La policía encontró diminutas manchas de sangre en la alfombra, pero no saben por dónde seguir la investigación. No sé, igual es una estrategia de marketing, para vender más y eso. Bueno Roger, uno que se marcha. Tengo una cita — El rubio sonrió maliciosamente mientras se levantaba de la silla. — Nos vemos la semana que viene.

El chico salió de la cafetería con una misteriosa sonrisa en los labios. Anoche, ella apareció en su cama. Desapareció igual de rápido, y él se juró a sí mismo que encontraría la manera de que la pelirroja volviera. Jamás la dejaría escapar de nuevo.

Capítulo 24

Podredumbre

Lina camina por el paseo marítimo a diario. Suele hacerlo al caer la noche, para obligarse a recordar, a mantener la memoria de su hermano. Las olas golpean el puente, casi podrido en sus cimientos, y un fuerte olor a pescado invade las fosas nasales de Lina.

“Todo es putrefacción, todo está muerto”, piensa con asco, e intenta llorar, pero sus ojos están en sequía. Sigue caminando, deseando que ocurra algo a mitad del camino. No hay un alma en el paseo, demasiado frío. Y también miedo. En el pueblo, nadie quiere hablar de lo ocurrido, pero, en el fondo, Lina sabe que todos lo saben, pero lo ocultan. Nadie habla, nadie sueña en el pueblo. Cree saber por qué todos los jóvenes se fueron hace tiempo a la Gran Ciudad, por qué no hay una sola madre paseando con su hijo por las playas, cuesta abajo. En el pueblo, ya no quedan niños.

Lina está a punto de atravesar la zona peligrosa del paseo, donde descuartizaron a su hermano Dan. “Descuartizaron no es la palabra adecuada”, piensa Lina, y cierra los ojos ante la incipiente imagen que está a punto de proyectarse en su cerebro. “Fue una limpieza de entrañas. Lo descamaron. Le hicieron lo mismo, lo mismo que nosotros a ellos.”

Ve el cordón amarillo de la policía, ve la pintura roja salpicada en el suelo, trazando un macabro dibujo de la silueta de su hermano, no lo soporta más y se asoma al puente para vomitar, para echar todas sus entrañas al mar.

Comienza a llover. Se avecina una tormenta, y la fina lluvia empapa a Lina de la cabeza a los pies, y Lina mira al mar con un odio inmenso. “¡Devolvedme a Dan!” grita, hasta desgarrarse la voz, “Devolvedme a Dan, o venid a por mí, venid de una vez... Llevo esperando demasiado tiempo, vamos, venid de una vez... Malditos seáis, venid de una vez...”

La tormenta se desata hasta hacer temblar el podrido puente de madera, y Lina apenas se tiene en pie. Está mareada pero va a esperar, debe esperar hasta el final, no va a rendirse con facilidad.

Suena el teléfono en alguna parte y Lina se estremece. “¿Cómo...?”. No le da tiempo a pensar nada más. El mar se abre, literalmente, y aparecen ellos. Lina no sabe si son tal y como ella se los imaginaba, porque cierra los ojos, presa del terror. Le tiemblan las manos y es incapaz de abrir la boca, ni de moverse. Está indefensa, y les oye llegar, oye sus escamas arañar la madera, puede oler su pútrido aliento, a carne muerta y a mar

salado.

Lina espera un poco más, hasta sentir unas aletas rozarle la piel y hacerle pequeños cortes, que no paran de escocer por la sal, y no paran de sangrar.

—Niña estúpida. Este pedazo de tierra está muerto y nos pertenece. Todos los que habéis nacido en ella estáis marcados con nuestras escamas, estáis muertos y condenados, sólo que aún no lo sabéis. ¿Acaso no comprendes que todos no podéis ser los elegidos? —Susurró la voz distorsionada por el mar, que recordaba lejanamente a la de Dan.

Él se encarga personalmente de despedazar sus restos, mientras los va pasando al resto de la tribu. Sólo descaman a unos pocos selectos, para la póstuma conversión.

Lina había soñado con un final mejor.